

El sangriento camino hacia la utopía: las guerras de desarrollo en América Latina 1945-1989*

Javier A. Elguea

Explicación de la violencia política y social en el Tercer Mundo

AUN CUANDO EN LA BIBLIOGRAFÍA especializada se ha llegado a la conclusión de que la violencia política y social en el Tercer Mundo ocurre cuando se combinan la debilidad del Estado, los conflictos entre las élites, los levantamientos populares y un conjunto de ideologías con capacidad para unir a los diferentes actores sociales pertenecientes a frentes antagonistas y violentos,¹ todavía, por sorprendente que parezca, sabemos poco de la manera como los sistemas de creencias y las ideas influyen realmente en las actitudes y en el comportamiento colectivo violento.

Los orígenes, causas y objetivos de las guerras en el Tercer Mundo son tan diversos como las personas que libran esas guerras. De las ‘revueltas de los miserables’ y los resentimientos etnocomunales a las guerras religiosas, la historia de esas pequeñas luchas describe la realidad cotidiana de grandes regiones del mundo en desarrollo.

* Agradezco a la Asociación Inbursa su apoyo económico. Escribí este artículo mientras me encontraba en el *Harvard University Center for International Affairs* y deseo reconocer el aliento, la crítica y las sugerencias de Gene Sharp, Christopher Kruegler, Douglas Bond y Helen Fein, del Program on Nonviolent Sanctions in Conflict and Defense, y de Jorge Domínguez.

¹ J. A. Goldstone, *Revolutions: Theoretical, comparative, and historical studies*, Harcourt Brace Jovanovich Publishers, 1986.

Un gran número de especialistas ha intentado explicar la ocurrencia y frecuencia de esas guerras. La explicación teórica más antigua, que afirma que "la opresión engendra la revuelta", ha sido descartada por simplista en la bibliografía sobre la materia. La pobreza y la opresión han sido muy comunes a todo lo largo de la historia humana, sin embargo, la violencia política y social ha sido la excepción, no la regla.

Smelser y Johnson² arguyen que, para entender la violencia social, se debe examinar el desequilibrio producido por el cambio en las instituciones sociales. Huntington³ sigue un enfoque similar, insistiendo en que la modernización económica lleva necesariamente al desequilibrio institucional y político.

Gurr⁴ propone el concepto de que un "sentimiento de privación relativa", en oposición a la miseria y la privación en sí mismas, es el motivo del descontento y la violencia crecientes.

Más recientemente, algunos autores han desarrollado un enfoque teórico que se centra en la movilización de los recursos.⁵ Estos autores hacen notar que es improbable que el descontento por sí solo lleve a la revolución si los descontentos carecen de organización y recursos. El enfoque de la movilización de los recursos hace énfasis en que es probable que la violencia sólo ocurra cuando las partes agraviadas cuentan con los medios materiales e ideológicos para organizarse en facciones violentas.

Los marcos de referencia teóricos recientes incluyen la teoría de la elección racional⁶ y el enfoque histórico-estructural.⁷ En la teoría de la elección racional se afirma que la movilización es una respuesta racional basada en un análisis individual de los costos y beneficios de las acciones violentas, mientras que en el enfoque histórico-estructural se argumenta que debemos buscar las deter-

² N. Smelser, *Theory of collective behavior*, Free Press, Nueva York, 1963; C. Johnson, *Revolutionary change*, Little Brown, Boston, 1966.

³ S. P. Huntington, *Political order in changing societies*, Yale University Press, New Haven, Ct., 1968.

⁴ T. R. Gurr, *Why men rebel*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1970.

⁵ D. McAdam *et al.*, "Social movements and collective behavior: Building macro-micro bridges", en Neil Smelser, y Ron Burt (eds.), *Handbook of sociology*, Sage, Beverly Hills, Cai., 1988.

⁶ S. Popkin, *The rational peasant*, University of California Press, Berkeley, 1979.

⁷ S. Eckstein, *Power and popular protest*, University of California Press, Berkeley, 1989.

minantes de la violencia organizada en las estructuras sociales. Si bien la mayoría de los autores afirma o implica que los sistemas de creencias o las ideologías desempeñan un papel importante en la violencia política y social organizada (recursos ideológicos, en el caso del enfoque de la movilización de los recursos; marcos de referencia-analíticos para tomar decisiones, en el de la teoría de la elección racional; conciencia de clase, en el de los enfoques históricos-estructurales, etc.), la mayoría de los estudios se centra en los factores económicos, estructurales, históricos y demográficos como detonadores de los levantamientos violentos. No existen estudios en los que se aborde la cuestión fundamental de los sistemas de creencias y de las ideologías como factores clave y se ha hecho muy poco para hacer avanzar nuestro conocimiento en esa dirección.

La razón de ese descuido reside, en parte, en la complicada naturaleza y en los problemas de definición, operación y análisis de los sistemas de creencias. Otras razones residen en los problemas para identificar y medir el efecto que los sistemas de creencias tienen en las actitudes y en el comportamiento violento individual o de grupo.

A grandes rasgos, los sistemas de creencias pueden definirse como sistemas de conceptos o ideas que guían la acción humana. Esta última es el resultado de dos componentes básicos: el pensamiento (percepciones, actitudes, entendimiento y significado) y la conducta (comportamiento real). Los sistemas de creencias son transmitidos siempre cultural y socialmente; provienen de diferentes tradiciones históricas y determinan y explican su forma presente (aunque no la futura).

Los conceptos contenidos en un sistema de creencias del tipo que voy a describir en este artículo contribuyen ciertamente a la violencia organizada y el uso de la fuerza; sin embargo, la medida precisa en que los conceptos e ideas ayudan a iniciar, mantener, intensificar y terminar un conflicto armado y la medida en que, por otro lado, su perpetuación depende de otros factores, como la agresión física y el hambre, constituyen una cuestión muy compleja a la que de ninguna manera se puede responder con un solo estudio. Los conceptos y las ideas constituyen sin duda un elemento importante de los conflictos armados, pero no todos los elementos de un conflicto armado son conceptuales.

Tomando en cuenta que los factores ideológicos y la justificación de la guerra son sólo algunos de los varios aspectos que contribuyen al surgimiento de las guerras internas y externas en los países latinoamericanos, describiré la influencia que ha tenido el

concepto latinoamericano moderno del desarrollo y la justificación de la guerra en la legitimación del cambio social violento y en el uso de la fuerza en la región durante los últimos cinco decenios.

**La violencia organizada en América Latina:
de las guerras de conquista a las guerras de desarrollo**

La justificación ideológica de la guerra y de la violencia organizada es un rasgo antiguo de los sistemas de creencias latinoamericanos. El concepto de la guerra justificada puede dividirse en tres periodos históricos generales: las guerras de conquista, las de independencia y las guerras de desarrollo.⁸

La península hispánica, con su larga y fuerte tradición católica, estaba por completo dentro de la esfera de influencia de las teorías de la guerra justa desde los días de las cruzadas y aplicó esas teorías a los conflictos y dilemas morales que enfrentaron los españoles en la conquista del Nuevo Mundo durante el siglo XVI. En esa época, uno de los más apremiantes problemas morales relacionados con las guerras de conquista era la decisión sobre si los indios nativos formaban parte de la raza humana y, por lo tanto, de-

⁸ Las teorías sobre la guerra justa, que datan de los inicios de la filosofía occidental, han tenido una gran influencia en el pensamiento religioso y filosófico latinoamericano respecto a la moralidad de la guerra. Las modernas teorías sobre la guerra justa, que generalmente se dividen en cuestiones sobre las razones de la guerra (*jus ad bellum*) y cuestiones sobre la conducta de la guerra (*jus in bello*), afirman que una guerra es justificada únicamente: si la fuerza se usa como último recurso, si la guerra es declarada por una autoridad legítima y si la guerra es justificada moralmente por un conjunto de valores aceptados con anterioridad. La conducta de la guerra se evalúa con respecto a dos principios: la discriminación (la fuerza nunca debe aplicarse de tal manera que haga de no combatientes y personas inocentes objetivos de ataques intencionales) y la proporcionalidad (la magnitud de la fuerza empleada debe ser siempre moralmente proporcional al fin que se busca con la guerra). Algo que no siempre se entiende bien es que las teorías sobre la guerra justa no incluyen los criterios para tomar la decisión de usar la fuerza como último recurso, antes bien que algún otro medio, ni los criterios para establecer quién es una autoridad legítima, qué es una agresión, quiénes se definen como no combatientes y qué es un daño proporcional. Las teorías de la guerra justa presuponen y dependen de la previa existencia de principios morales, políticos y racionales. Sea lo que fuere, éste no es el estudio para discutir lo adecuado de las teorías sobre la guerra justa con respecto a la evaluación moral de la guerra; baste mencionar que, en diferentes periodos históricos, los latinoamericanos han utilizado distintos sistemas de creencias que incluían alguna noción de guerra justa para, a su vez, justificar su recurso a la violencia organizada y al uso de la fuerza.

bían ser tratados como siervos del rey de España o si había que considerarlos como una subespecie diferente del hombre y, por ende, no debían ser tratados como iguales ni en tiempos de guerra ni en tiempos de paz.

Después de largas y, literalmente, barrocas discusiones, se decidió que los indios debían ser considerados como seres humanos y que —aunque en su mayoría todavía eran infieles— los indígenas conversos debían recibir un trato justo en la guerra.⁹ En la época, la guerra se justificaba recurriendo principalmente a una razón religiosa: salvar el alma de los nativos convirtiéndolos en creyentes.

El segundo periodo, el de las guerras de independencia del siglo XIX, fue extremadamente violento y puede extenderse hasta los inicios del siglo XX. Siguiendo los ejemplos de las revoluciones francesa y estadounidense, el uso de la fuerza y la violencia organizada se justificó en la época mediante el recurso a las ideas de la Ilustración: la lucha por la libertad, la igualdad, la democracia, la soberanía y la libre determinación, la justicia y el progreso social, etc. Ese periodo dio por resultado el desmembramiento del imperio español y la transformación de los virreinos en varias naciones independientes.

Finalmente, durante el siglo XX vivimos el periodo de las guerras de desarrollo. Basándose en la experiencia de los periodos previos, las teorías contemporáneas sobre el progreso y el desarrollo adoptaron en toda la región la justificación de la guerra como uno de sus elementos importantes; en otras palabras, para justificar la guerra, las modernas teorías latinoamericanas conciben que, en ciertas circunstancias, la violencia y la fuerza de las armas son herramientas necesarias para el mejoramiento de la sociedad.

Las teorías contemporáneas de la guerra justa han sido utilizadas bajo esas formas en América Latina para legitimar una variedad de acciones bélicas: la guerra de guerrillas, la exportación de la revolución, el terrorismo, las guerras y revoluciones civiles, el intervencionismo internacional y la represión. Los teóricos de las guerras de desarrollo y los participantes en las mismas han hecho de ellas una especie de “cruzadas” sociales no totalmente diferentes de las de la Edad Media. Cruzadas en las que las distintas utopías sobre el progreso y el desarrollo desempeñan un papel principal.

⁹ Juan Ginés de Sepúlveda, *Tratado sobre las justas causas de la guerra contra los indios*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941; B. Las Casas, *Doctrina* UNAM, México, 1941.

Progreso y desarrollo: el nacimiento de un sistema de creencias

La idea de progreso posee una enorme importancia en la tradición occidental. Las discusiones sobre progreso, desarrollo y evolución datan de las primeras etapas de la civilización griega y llegan hasta el presente.

Durante el Renacimiento, las ideas modernas de progreso adquirieron forma, y el debate en torno a ellas fue muy intenso hasta la segunda mitad del siglo XVII. En esa época, la noción de progreso se secularizó y apareció en las discusiones la idea de "progreso material".

La idea de que la historia de la humanidad era un ascenso lento, gradual, uniforme y necesario hacia una meta prefijada se volvió predominante en la cultura occidental hacia finales del siglo XVII y persistió hasta los siglos XVIII y XIX. Las obras de Turgot, Condorcet, los socialistas utópicos, Comte, Hegel, Marx y Spencer, entre muchos otros, son el testimonio de la importancia cada vez mayor de la idea de progreso.¹⁰

Los economistas clásicos, desde Adam Smith hasta Ricardo, dieron por sentada la conveniencia del progreso material y el crecimiento económico. Para Marx, el cuadro era más o menos el mismo. Todos ellos concordaban en que el objetivo del progreso social era la felicidad de las personas y en que, de una forma u otra, el progreso material era fundamental para alcanzar esa meta.¹¹

La preocupación por el desarrollo y el crecimiento nacionales se hizo más fuerte a principios del siglo XX y persistió hasta el final de la segunda guerra mundial. Cuando ésta terminó, las naciones del mundo volvieron su atención hacia el principal problema que enfrentaban tanto los países devastados por la guerra como los del Tercer Mundo: el desarrollo nacional.

Para comprender la movilización generalizada de recursos dedicados al desarrollo nacional en los decenios siguientes a la segunda guerra mundial, es necesario tomar en cuenta tres factores; primero, la preocupación predominante en el mundo industrializado por el crecimiento y el empleo pleno (resultado parcial del deseo de evitar que se repitiera la depresión mundial que siguió a la primera guerra mundial); segundo, producto de la guerra fría, la división del mundo en una rivalidad "Este-Oeste" que dio a las dos

¹⁰ R. Nisbet, *History of the idea of progress*, Basic Books, Nueva York, 1980.

¹¹ Arndt, H. W., *The rise and fall of economic growth*, Longman Cheshire Press, Nueva York, 1978.

superpotencias un gran estímulo para influir, abastecer y ayudar a las “naciones en desarrollo”; tercero, y quizá el más importante, el entusiasmo irrestricto con que las naciones del Tercer Mundo emprendieron la enorme tarea del desarrollo.

Los decenios de 1950 y 1960 fueron testigos de la diseminación de ambiciosos proyectos de desarrollo económico y modernización en todo el mundo subdesarrollado, pero en ninguna parte fue tan fuerte esa propagación de las ideas de desarrollo como en América Latina. La Alianza para el Progreso, el Programa de Desarrollo del Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, la Comisión Económica para América Latina, la UNESCO, etc., constituyeron la promesa de desarrollo económico, social, político y cultural de la región.

Debido en parte a que América Latina es la región más “occidental” del Tercer Mundo y, en parte, a que sus esfuerzos por desarrollarse datan del siglo XIX, en los decenios pasados el progreso y el desarrollo pasaron a ocupar los lugares prioritarios en la lista de intereses nacionales de los países latinoamericanos.

Algunas personas se han referido a ese impresionante proceso de transformación de modos de vida con siglos de antigüedad, de creación de naciones y modernos proyectos políticos y de inversión económica titánica como la “revolución de las expectativas crecientes”.¹² El desarrollo se convirtió en el patrón que moldeó las esperanzas y aspiraciones de las multitudes de América Latina, guió sus esfuerzos de construcción de sus naciones y convenció a casi todos de que tenían en sus manos el control de su destino. El desarrollo se convirtió en un sistema de ideas popular, en una ideología para las naciones de América Latina. En este sentido, el desarrollo es más que una mera serie de recetas técnicas para el crecimiento: abarca aspiraciones y visiones del futuro. Ambiguo e indefinido como sigue siéndolo, el concepto de desarrollo se convirtió en la Utopía del pueblo latinoamericano.

Consecuentemente, el desarrollo llegó a ser un poderoso legitimador social. Todo habría de ser juzgado en función de su capacidad para fomentar el progreso y el crecimiento: políticas económicas, sistemas políticos y gobiernos enteros, inversiones, ayuda externa, educación y, desafortunadamente, el recurso a la guerra y la violencia.

¹² Lerner, D., *The passing of traditional society*, Free Press, Nueva York, 1958.

Ahora es evidente, como nunca antes lo fue, que el desarrollo social y el crecimiento económico rápidos provocaron tensiones y conflictos violentos en los planos local, nacional e internacional en toda América Latina. Después de más de cuatro decenios de preocupación por el desarrollo, los objetivos sociales y económicos largamente esperados no han sido alcanzados en la mayor parte del mundo en desarrollo y la llamada "revolución de las expectativas crecientes" se transformó en una marejada de frustraciones y violencia crecientes.

A pesar de que los dos decenios siguientes, los de 1970 y 1980, nos enseñaron que los caminos del progreso y el desarrollo son complejos y difíciles de hallar y que es más fácil suscitar expectativas que satisfacerlas, el desarrollo no perdió su extrema importancia en la lista de los intereses nacionales ni en la de las expectativas populares. La nueva "revolución de las frustraciones crecientes" orilló a grupos políticos y comunidades enteras a la violencia organizada como una opción de "último recurso", para utilizar una noción de guerra justa, con el propósito de fomentar el progreso.

Hoy en día, el desarrollo, o la falta de él, es la razón esgrimida más frecuentemente como justificación de la guerra en América Latina. Conflictos creados por la diferente orientación del desarrollo, por la forma de distribución de los beneficios del crecimiento, por la velocidad del proceso, por las alianzas internacionales que ello implica, etc., conflictos que no siempre encuentran una solución pacífica y que a menudo se exacerban hasta transformarse en conflictos armados.

El desarrollo y la guerra

No, Mascarita, el país tenía que desarrollarse. ¿No había dicho Marx que el progreso vendría chorreando sangre? Por triste que fuera había que aceptarlo. No teníamos alternativa.

MARIO VARGAS LLOSA, *El hablador*.¹³

El violento cambio social y político contemporáneo ha adoptado una gran variedad de formas en toda América Latina y nuevamente ha habido numerosos intentos por explicarlo mediante diversas

¹³ M. Vargas Llosa, *El hablador*, Seix Barral, Barcelona, 1988.

teorías sobre la violencia política y social: desequilibrios estructurales e incapacidad de las instituciones sociales para hacer frente al cambio rápido; elementos psicológicos; ciclos demográficos y económicos, etc.; pero, hasta ahora, a pesar de la índole política de la mayoría de los conflictos de la región, se ha prestado muy poca atención al análisis de la influencia de los sistemas de creencias en el inicio, guía, mantenimiento y exacerbación de los conflictos violentos de la región.

Una característica distintiva de los conflictos armados latinoamericanos contemporáneos es que muy raramente han comprendido disputas culturales, étnicas o religiosas, como ha sido el caso en otras partes del mundo en desarrollo. En su mayoría, los conflictos violentos latinoamericanos durante la guerra fría se centraron en cuestiones políticas y estallaron por las razones convencionales: rivalidades internas por el control del Estado y rivalidades entre estados por el control del poder regional.¹⁴

Durante los cuatro decenios pasados, las teorías sobre el progreso y el desarrollo proliferaron en América Latina. Este trabajo no pretende abordarlas en detalle, por lo que basta con mencionar que sus orígenes políticos y geográficos son muy variados —de izquierda a derecha y de norte a sur— y que han competido con diferentes grados de éxito por el lugar predominante en la ideología latinoamericana sobre el desarrollo.

Desde las teorías de la modernización hasta las de la dependencia, pasando por las del colonialismo interno, el marxismo, el mercantilismo, el autoritarismo burocrático e incluso la teología de la liberación, todas han luchado unas contra otras por la definición correcta de los objetivos y medios del desarrollo.¹⁵

Todas esas teorías, con sus diversos grados de complejidad, incluyen una serie de elementos que, en ciertas condiciones, han demostrado ser útiles para justificar la guerra y la violencia como medios necesarios para el desarrollo y el progreso. De esta forma estos últimos llegaron a ser concebidos como una causa contemporánea de la guerra.

Desde principios de este siglo, pero específicamente durante los cuatro últimos decenios, en casi todos los casos en los que la mayoría de la población, el gobierno o algún grupo minoritario ha recu-

¹⁴ J. I. Domínguez, "Insurgency in Latin America and the common defense", en *Political Science Quarterly*, núm. 5, 1986.

¹⁵ J. A. Elguea, *Las teorías del desarrollo social en América Latina: una reconstrucción racional*, El Colegio de México, México, 1989.

rrido al uso de la fuerza y de la violencia organizada en América Latina, se ha justificado la necesidad de sus actos recurriendo a una teoría en particular de progreso social y desarrollo.

En un análisis de contenido de las teorías latinoamericanas del desarrollo,¹⁶ hallamos que todas las analizadas especifican al menos tres elementos importantes que son utilizados como justificación de la guerra:

1. La descripción del objetivo final o Utopía del proceso de desarrollo (por ejemplo: la sociedad sin clases, para algunas teorías; la modernidad o la independencia, para otras).

2. La descripción de los medios necesarios para alcanzar esa utopía (por ejemplo: la industrialización, por un lado; la expropiación, por otro, etc.) y la identificación de los obstáculos e impedimentos “enemigos del progreso”, que se encontrarán (las culturas tradicionales, la burguesía, las élites explotadoras, etcétera).

3. Finalmente, la descripción de las condiciones en que se justifica la remoción violenta de esos obstáculos (mediante, por ejemplo: la revolución, la represión, la intervención, etcétera).

Para justificar el uso de la fuerza en contra de los “enemigos del progreso”, los actores de los movimientos insurreccionales, los gobiernos comprometidos en las guerras antisubversivas, las naciones intervencionistas o los grupos minoritarios violentos han recurrido reiteradamente a esos marcos de referencia teóricos. En nombre de las leyes del progreso o el desarrollo económico históricos y valiéndose de las teorías modernas de la guerra justa, se han autoproclamado como “autoridades legítimas”, han insistido en que los acontecimientos pasados no les dejaron otra alternativa que recurrir a la guerra, y han justificado moralmente ese recurso arguyendo que es defensivo, que su propósito es la enmienda de las injusticias que no han sido corregidas y que lo emprenden en nombre de una necesidad, histórica o de desarrollo, propicia y, supuestamente, inexorable: la Utopía por venir.

El hilo de este razonamiento puede encontrarse en el programa-manifiesto revolucionario de Fidel Castro, *Nuestra razón*, donde Castro insistía reiteradamente en que la única estrategia para liberar a los pueblos oprimidos del ilegítimo dominio imperialista era la lucha armada; convicción que él convirtió en política de seguridad y extranjera después de la victoria de su revolución: “[...] el

¹⁶ J. A. Elguea, *The bloody road to Utopia: Development wars in Latin America*, en preparación.

deber de todo revolucionario es hacer la revolución en los hechos, no en las palabras, dondequiera que sea.”¹⁷

Pero también Augusto Pinochet, en su discurso a la nación en septiembre de 1976, declaró que el progreso y la seguridad nacionales exigían que el “gobierno legítimo del pueblo chileno”, que él dirigía “legítimamente”, declarase la guerra a la oposición.¹⁸

Y la lista puede alargarse; así, tupamaros, montoneros, escuadrones de la muerte brasileños y salvadoreños, triple A argentina, sandinistas, “contras” nicaragüenses, la campaña del Che en Bolivia, Sendero Luminoso, FMLN, M-19, y los ejércitos que los han combatido, todos han recurrido a la fuerza de las armas y a la violencia organizada argumentando que ello hará cumplirse la promesa del desarrollo durante tanto tiempo negado al pueblo latinoamericano. El hecho es que, en América Latina, el progreso social y el desarrollo económico son, con mucho, las razones más citadas para la guerra.

Cuando se toma en consideración la naturaleza específica de la guerra en la América Latina contemporánea, los sistemas de creencias y sus elementos ideológicos se hacen evidentes en toda su importancia. La “guerra de guerrillas”, la “guerra de baja intensidad”, las “guerras de insurgencia”, las “guerras subversivas y antisubversivas”, o “guerras pequeñas” son términos, todos, que han sido utilizados para referirse a los tipos de combates que caracterizaron el periodo de la guerra fría en América Latina.¹⁹ Esas

¹⁷ F. Castro, *Nuestra razón*, citado en J. M. Águila, Westview Press, Nueva York, 1984.

¹⁸ A. Pinochet, *Discurso a la nación*, documento gubernamental, 11 de septiembre de 1976.

¹⁹ En América Latina, región en la que se centra este artículo, ha habido un total de 50 conflictos armados desde que terminó la segunda guerra mundial. Treinta y ocho de ellos han sido conflictos internos, y 12 internacionales. Quince se desarrollaron en Centroamérica, 13 en el Caribe y 22 en Sudamérica. Algunos han durado semanas, como la “guerra del fútbol” entre Honduras y El Salvador en 1969, y otros tienen más de diez años de antigüedad, como las luchas internas en Guatemala y El Salvador. Unos cuantos se iniciaron antes del final de la segunda guerra mundial, otros estallaron justo a principios de 1990. Conforme a algunos cálculos conservadores, la cuota de muertes de esos conflictos alcanza las 500 000 y el número de refugiados más de cuatro millones, lo que equivale aproximadamente a la población conjunta de Nicaragua y Costa Rica. Como podría esperarse, los daños secundarios de la guerra y la militarización de la región han afectado seriamente las tasas de alfabetismo, los patrones de salud y la esperanza de vida. R. Fagen, *Forging peace: The challenge of Central America*, Pacca Book, Blackwell, 1987; A. Kemp, “Latin America: Militarization and social welfare”, en *Peace and*

luchas han sido esencialmente políticas y, sólo de manera secundaria, militares. Sus objetivos, más que militares, han sido las mentes de las personas: su principal propósito ha sido persuadir a la población de que se adhiera a cierta propuesta política o económica y convencerla de que, para alcanzar ese fin, el uso de la fuerza y la derrota violenta de las otras facciones son necesarios y justificados.

Para esos propósitos, toda ideología que ofrezca una fuerte tensión entre el bien (el desarrollo) y el mal (el subdesarrollo) o entre la utopía y la realidad, que haga énfasis en la importancia de combatir el mal y que vea una lucha en particular como un campo de batalla más entre el bien y el mal puede servir como el fundamento ideológico de un movimiento violento. El maniqueísmo, que ha sido la plaga de la idea de desarrollo (por ejemplo: el desarrollo y el subdesarrollo, lo moderno y lo tradicional, la dependencia y la autonomía, el centro y la periferia, la burguesía y el proletariado, etc.), ha servido bien para el propósito de encender el descontento popular, la represión estatal y la intervención de las superpotencias en la región.

En pocas palabras, existe en la región un patrón uniforme que consiste en relacionar las guerras con los conflictos causados por el progreso social y el desarrollo económico rápidos y con la percepción, cargada ideológicamente, que se tiene de esos procesos. Ya sea porque el cambio que provocan el desarrollo y el progreso es percibido, en algunos casos, como demasiado lento o, en otros, como demasiado rápido, o porque se cree que busca los fines "erróneos" con los medios "equivocados" o porque se distribuye desigualmente, a menudo ocurre que el cambio se transforma en cambio violento. Fundamentalmente, como antes lo mencioné, el fin de esa violencia ha sido obtener el control del poder estatal o del poder regional, con la variante particular de que ese control es adquirido para, supuestamente, influir en el camino que lleva al progreso social y al crecimiento económico o para modificarlo en cierta dirección deseada.

En este sentido, el papel de los sistemas de creencias o ideologías en los movimientos violentos latinoamericanos ha sido: primero, intensificar y agrupar el sentimiento de privación relativa; segundo, reunir diversos resentimientos e intereses en un conjunto simple y atractivo de ideas de oposición organizativas, y tercero, justificar o legitimar el recurso a la violencia y al uso de la fuerza.

change, vol. 32, núm. 1, 1986; R. Stevens, "Special report", en *Beyond War*, núm. 38, abril de 1988.

La proporcionalidad: desarrollo y subdesarrollo²⁰

De acuerdo con una serie de evaluaciones que llevamos a cabo, nos parece que la creencia según la cual el uso de la fuerza y de la violencia organizada son útiles para fomentar el desarrollo y el progreso en América Latina no cuenta con apoyo empírico. A pesar de sus logros irrefutables —como la redistribución de la tierra (véase el cuadro 2) el derrocamiento de dictadores y élites tiránicas, etc.— las revoluciones regionales han fracasado por lo general en cumplir sus principales promesas utópicas: mayor libertad, bienestar material e igualdad para todos.²¹

Para empezar, si lo que se busca es que los fines de una guerra sean proporcionados, esos fines deben ser realistas; el derrocamiento de dictadores tiránicos, como Somoza en Nicaragua, es una cosa, pero la promesa de una igualdad eterna para todos está probablemente fuera del alcance de toda fuerza humana, aun de la fuerza de las armas.

Al examinar el progreso logrado tanto en los países que tuvieron revoluciones (México, Cuba, Bolivia, Perú) como en países comparables que no las tuvieron (Brasil, República Dominicana, Colombia y Ecuador), no descubrimos ninguna diferencia significativa en los aspectos de crecimiento económico, desigualdad, reforma agraria, servicios de salud y nutrición.²²

En el caso del crecimiento económico, medido en función del PIB per cápita (cuadro 1; en todos los cuadros aparecen subrayados los países que tuvieron revoluciones), no encontramos diferencias significativas entre México y Brasil o entre Perú y Colombia. En el caso de Bolivia y Ecuador, hallamos una correlación negativa, esto es, que la revolución empeoró las cosas para Bolivia. Y tampoco hallamos diferencias significativas en el caso de Cuba y la República Dominicana; es importante hacer notar que, en contra de

²⁰ Uno de los principios más antiguos e importantes del pensamiento sobre la guerra justa, al que se adhiere la mayoría de los guerreros latinoamericanos, es el de la proporcionalidad. Este principio consiste fundamentalmente en que la magnitud de la fuerza empleada en la guerra debe ser siempre moralmente proporcional al fin que se busca con ésta.

²¹ Goldstone, *op. cit.*

²² J. Kelley, y K. S. Klein, "Revolution and rebirth of inequality", en Goldstone, *op. cit.*; S. Eckstein, "The impact of revolution on social welfare in Latin America", en Goldstone, *op. cit.*; R. A. Packenham, "Capitalist vs. socialist dependency: The case of Cuba", en *Journal of Interamerican Studies*, vol. 28, núm. 1, 1986.

Cuadro 1
Crecimiento económico-PIB per cápita

	Bolivia	Ecuador	Perú	Colombia	Cuba	R. Dominicana	México	Brasil
1950	423	415	604	470	836	423	710	478
1955	406	465	731	519	871	489	810	566
1960	383	499	808	479	887	518	907	651
1965	393	549	951	577	921	524	1 095	736
1970	477	597	1 014	647	867	646	1 306	924
1975	560	764	1 141	754	1 158	861	1 460	1 341
1980	568	1 040	1 101	922	1 455	960	1 863	1 652
Principales productos de exportación como porcentaje del total de exportaciones								
1955	67	55	25	84	80	39	29	59
1960	81	62	17	72	79	49	21	56
1965	85	51	23	64	86	49	19	44
1970	57	57	28	64	77	45	9	34
1975	39	57	23	46	89	65	16	15
Nutrición. Suministro calórico per cápita (porcentaje de necesidades)								
1960	69	81	97	94	—	92	107	102
1970	77	89	98	97	—	91	110	109
1974	83	91	92	96	107	109	121	118
Nutrición. Suministro proteínico per cápita (total de gramos por día)								
1960	43	46	61	46	—	50	65	61
1970	46	49	62	50	64	51	65	64
1974	47	47	53	50	—	50	66	61

la creencia popular, el crecimiento económico precedió a la revolución cubana. Los principales productos de exportación, en cuanto porcentaje de las exportaciones totales (véase también el cuadro 1), constituyen una buena medida de la diversificación económica y, asimismo, de la dependencia económica; pero tampoco en este campo encontramos diferencias significativas, con excepción del caso negativo de Cuba en comparación con el de la República Dominicana: Cuba permaneció en un estado de gran dependencia, mientras que la República Dominicana mejoró un poco su situación.

La reforma agraria (cuadro 2) ha sido siempre un tema central de las revoluciones latinoamericanas y también ha sido utilizada como medida de la desigualdad. México era el peor caso, con un valor de 0.96 de concentración de la tierra diez años después de que terminara la revolución, situación que mejoró considerablemente, pero sólo 20 años más tarde. En 1950, antes de sus revoluciones, en Bolivia, el 6% de los terratenientes poseía el 92% de la tierra; en Perú, aproximadamente el 2% de los dueños de haciendas peruanas monopolizaba el 69% de la tierra agrícola, y en Cuba, el 8% de los terratenientes controlaba el 71% de la tierra. Después de las revoluciones, la propiedad privada de la tierra pasó, en Bolivia, del 92% al 65% y en Perú del 69% al 42%, mientras que en Cuba sólo el 9% de la tierra, aproximadamente, permaneció en manos privadas hasta 1981.

Desafortunadamente, esos resultados se ven neutralizados cuando los comparamos con la distribución del ingreso (cuadro 2). En los cuadros, vemos que la redistribución del ingreso después de la revolución tendió a favorecer a los profesionales, a los empleados asalariados, a los burócratas y a los trabajadores organizados, pero que no ayudó a los campesinos, a pesar de las reformas agrarias. A decir verdad, los esfuerzos de industrialización han aumentado la desigualdad entre las zonas urbanas y las rurales en todos los países.

Finalmente, con respecto a los servicios de salud y la nutrición, tampoco pudimos encontrar diferencias significativas, excepto en la comparación entre Cuba y la República Dominicana, pues los cubanos mejoraron su situación. Es importante hacer notar nuevamente que esa diferencia precedió a la revolución.

En todas las revoluciones analizadas, capitalistas o socialistas, las clases más bajas se beneficiaron más en los decenios inmediatamente posteriores a la revolución, cuando se necesitaba el apoyo popular. Más tarde, la búsqueda del progreso a través de la industrialización tendió a incrementar la desigualdad y a alejar a los go-

1975	1.7	6.0	11.5	20.0	60.2	43.4	—
1977	3.3	7.7	12.9	21.1	55.1	38.0	25.5
Brasil							
1960	3.9	7.4	13.6	20.3	54.8	39.6	28.3
1970	3.4	6.6	10.9	17.2	61.9	46.7	34.1
1972	3.2	5.9	9.5	16.5	64.9	50.4	37.9
Cuba							
1953	2.1	4.1	11.0	22.8	60.0	38.5	28.0
1960	8.0	12.5	14.5	17.0	48.0	31.0	17.0
1962	6.2	11.0	16.3	25.1	41.4	23.0	12.7
1973	7.8	12.5	19.2	25.5	35.0	19.9	9.5
República Dominicana							
1960	—	—	—	—	—	—	—
1970	5.0	—	—	—	—	—	26.0
Perú							
1961	2.5	5.5	10.2	17.4	64.4	49.2	39.0
	2.0	—	—	—	—	—	34.0
1972	1.9	5.1	11.0	21.0	61.0	42.9	—
Colombia							
1960	3.0	—	—	—	—	—	—
1964	2.2	4.7	9.0	16.1	68.1	—	40.4
1970	3.5	5.9	12.1	19.1	59.4	—	33.0
1974	3.6	7.2	11.0	18.1	60.2	45.1	32.8

biernos revolucionarios de los intereses de las clases bajas y rurales. Además, en la mayoría de los países latinoamericanos, las revoluciones llevaron al poder a regímenes más poderosos y autoritarios que los que remplazaron. Aquí debo señalar que, en el caso de la lucha no violenta que precedió a casi todos los gobiernos democráticos de la región durante ese periodo, ocurrió lo contrario.

La represión estatal y las guerras antisubversivas ofrecen más o menos el mismo cuadro. La promesa de orden y estabilidad asociada por lo general a la represión militar, como en Brasil en los años sesenta, en Argentina en los setenta o en Nicaragua antes de los sandinistas, no fue cumplida en esos países, en los que la radicalización y la escalada de los conflictos fueron los resultados lógicos de la represión.²³

La mayoría de los movimientos guerrilleros rurales o urbanos latinoamericanos no ha tenido éxito y ello basta para que no pasen la prueba de proporcionalidad. En su mayoría, esos movimientos insurreccionales sobreestimaron sus posibilidades de éxito, el apoyo popular que tendrían y la oposición que encontrarían.²⁴ Una vez más, lo anterior es aplicable a las guerrillas comunistas, como la del Che en Bolivia, pero también a los "luchadores de la libertad", como los "contras" nicaragüenses.

Una respuesta preliminar a la pregunta empírica "¿cuáles son las condiciones específicas en las que la violencia ha mejorado realmente las oportunidades de desarrollo y crecimiento en la región?" es negativa: la experiencia histórica nos dice que las probabilidades son de que mantenga o aumente el subdesarrollo. En esas circunstancias, el realismo y la racionalidad indican que la disposición de recurrir a la guerra para fomentar el desarrollo debe mirarse con un severo escepticismo.

²³ M. T. Klare, y P. Kornbluh, *Low intensity warfare*, Pantheon Books, Nueva York, 1988; véase también M. Wolpin, *Third World repression: Parameters and prospects*, ponencia presentada en la Northeast Regional Meeting of the Inter-University Seminar on Armed Forces and Society, State University of New York, 12 de abril de 1985.

²⁴ G. Chaliand, *Guerrilla strategies*, University of California Press, Berkeley, 1982; *idem*, *Revolution in the Third World*, Penguin Books, Nueva York, 1989.

Conclusión: la guerra después de la guerra fría

La guerra es el infierno.

W.T. SHERMAN, 1879

Desde 1945 hasta la fecha, ha habido aproximadamente 300 guerras.²⁵ De ellas, el 99% ha estallado en el Tercer Mundo. Esas guerras han sido combatidas en el contexto internacional del desmembramiento de los viejos imperios y del reordenamiento del poder internacional en el mundo en Este y Oeste. En ese entorno, la mayoría de los conflictos locales y regionales ha adquirido un carácter general en el que su internacionalización ha sido el resultado de la intervención abierta o encubierta de las superpotencias en competencia y, también, de los intentos sistemáticos de algunos países por exportar conflictos a otros.

La conclusión de este artículo es más bien un ejercicio de análisis prospectivo. La guerra fría ya terminó y las grandes potencias están perdiendo su urgencia por competir por la supremacía militar en el Tercer Mundo; sin embargo, la violencia no ha terminado en los países en desarrollo.

Es muy probable que el final de la guerra fría y la transición de un orden bipolar a otro multipolar cambien el contexto en que se combaten las guerras de desarrollo, pero sería ingenuo pensar que ello pondrá fin a los conflictos violentos en el Tercer Mundo. El cambio violento ya existía en el Tercer Mundo mucho antes de los decenios de desarrollo, si bien se intensificó durante ese periodo, y probablemente los sobrevivirá.

¿Cómo se transformará esa violencia en el futuro? ¿Desaparecerán los movimientos guerrilleros o se convertirán en movimientos terroristas como sus contrapartes europeas? ¿Serán apoyados por las superpotencias y la población urbana y rural, como ocurrió en el pasado, o buscarán nuevas fuentes de financiamiento, como el cultivo y tráfico de drogas? ¿Respetarán los militares latinoamericanos sus constituciones y sus gobiernos elegidos recientemente por la vía democrática o continuarán siendo una amenaza para la paz y la seguridad internas y externas de la región? ¿Tenemos razón al suponer que las democracias electas sobrevivirán a las volátiles prácticas políticas de la región y que los gobiernos democráticos no reprimirán violentamente a sus minorías? ¿Serán las democracias electas menos belicosas en el plano internacional que

²⁵ M. Kidron, y D. Smith, *The War Atlas*, Pluto Press, Nueva York, 1983.

las dictaduras militares? ¿Cuál será el papel futuro de los sistemas de creencias e ideas en el surgimiento de nuevas formas de cambio violento?

Las disputas territoriales regionales no han sido resueltas, las rivalidades internas entre las facciones económicas y políticas siguen ahí, la pobreza, el hambre y los reclamos de tierra o trabajo son la realidad cotidiana en la mayoría de los países latinoamericanos. Casi todas las facciones políticas fueron armadas fuertemente por las grandes potencias durante el periodo de posguerra y algunas de ellas han adquirido una autosuficiencia militar que les permitirá continuar con sus políticas belicistas internas o regionales después de la guerra fría sin la supervisión, o el interés, de una superpotencia. Estos son algunos de los problemas, interrogantes y realidades que deberían preocupar a aquellos que se interesan en explicar y revertir las tendencias violentas existentes en América Latina. Tarea que exigirá un esfuerzo titánico y podría durar decenios.

La violencia comparte los defectos de sus creadores, aumenta sus errores y les otorga un aura catastrófica. Es evidente que la guerra y la violencia no pueden ser defendidas racionalmente como fomentadoras del progreso y el desarrollo de la región en la mayoría de los casos; por ende, es difícil justificar moralmente su uso pasado, presente y futuro con ese propósito. Todo intento por hacerlo así tendría que ser muy cauteloso con el fantasma de la racionalización ideológica y el utopismo que ha plagado las guerras de desarrollo en todo el mundo.

Los defensores de las guerras de desarrollo hablan por lo general de algo más que una guerra, hablan de una cruzada, que es la forma más clausewitziana de una guerra total: una guerra en la que no puede haber tregua ni negociación de clase alguna, puesto que no puede comprometerse la Utopía por venir; una guerra en la que el soldado se convierte en un fanático absolutamente convencido de su superioridad moral; una lucha que tiende al uso excesivo de la fuerza y en la que no hay medios ilegítimos, dado que toda violencia presente es leve, poca cuando se compara con la felicidad que vendrá con la Utopía final. La clase de guerra que lleva a la erosión de todos los límites morales, la clase de guerra que nos hace pensar en el infierno.

Traducción del inglés de Mario A. Zamudio Vega

Recibido en marzo de 1990

Correspondencia: El Colegio de México/Camino al Ajusco 20/ C.P. 01000/México, D.F.